

SI LA SAL SE VUELVE SOSA...

Los cristianos -ya S. Pablo nos lo avisa: “si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe”-, hemos hecho una apuesta por la Resurrección y la Vida de Jesús, por su Evangelio y su entrega al mundo. Nuestro comportamiento, nuestras esperanzas parten precisamente de esta certeza.

Humanamente nada nos avala, y tendrían razón los sabios judíos y griegos que denuncia S. Pablo para quienes nuestra fe es “escándalo y necedad”. Por eso nuestro juego es a “todo o nada”. Lo que quiere decir que no caben medias tintas en nuestro compromiso. Un cristianismo “light”, descomprometido o descafeinado, es lo más contrario al cristianismo, y para nada le sirve al mundo, pues nada le aporta.

Y, sin embargo, éste es el cristianismo que muchos contemporáneos nuestros viven y del que podemos dejarnos contagiar, si nuestra fe no informa nuestra vida.

Años de cristianismo sin fuerza, sin empuje, han ido socavando y enmascarando el entusiasmo con el que los primeros discípulos de Jesús, sin pretenderlo, sólo porque vivían al cien por cien lo que creían, transformaron el mundo.

Jesús nos encomendó ser “sal de la tierra”, ese elemento imprescindible para dar sabor a los alimentos, para conservar sus propiedades. También nos dijo que fuéramos “luz del mundo” y así pudiéramos “alumbrar, desde lo alto de la mesa, a todos los de la casa”.

Mas una característica necesaria de la sal para cumplir su función es desaparecer en el alimento, hacerse una sola realidad con él, aportándole su sabor y dejando de ser ella misma: es su sabor el que queda, no ella. A la vela que se enciende le pasa lo mismo que a la sal: que sólo da luz si va desapareciendo, si se va consumiendo. No es casualidad el que S. Mateo junte estas dos indicaciones de Jesús inmediatamente después de prometer la bienaventuranza “felices seréis cuando os persigan y digan cualquier clase de mal contra vosotros por mi causa”.

Hoy, en nuestro mundo occidental, en nuestro ambiente diario, el cristiano está, si no perseguido de derecho, sí de hecho. Que se quede en la sacristía, que no intente imponer su moral a los demás, no hay más ley que la positiva de cada momento... Estamos continuamente siendo machacados, porque el pensamiento actual y la sociedad van por un camino distinto y opuesto al que propone Jesucristo.

Tiempos estos que vivimos para ser sal y luz, para transformar el mundo desde dentro, aun consumiéndonos en la tarea.

Estas palabras son más fáciles de decir o escribir que de hacer realidad. Porque dejarse quemar no es fácil; porque estar dispuestos a comprometerse, sin brillo y sin que nadie lo agradezca, en la transformación real de la sociedad, quisiéramos dejarlo a los santos, que nosotros tenemos bastante con ir tirando, que hay mucho paro y mucha crisis. Pero es a lo que estamos llamados, y nada nos puede hacer felices si no nos disolvemos como la sal y nos consumimos como la vela en la transformación, lenta, pero segura y desde dentro, del mundo que Jesús nos ha encomendado. Es el único ideal capaz de llenar nuestro corazón.

Ángel Manuel Rodríguez Castillo